

ALFANTARMA

Carme Riera

La mitad del alma



ALFAGUARA



Carme Riera

La mitad del alma

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi madre

La mujer que está a punto de bajar del tren, con una maleta de cuero en la mano, lleva un abrigo cruzado de solapas anchas, azul marino, y un sombrero escaso y circunstancial, más adecuado para cumplir con una moda lejana que con un invierno frío como el de 1959.

La estación, en la que acaba de detenerse el expreso, inhóspita y destartalada, si no fuera por la enorme cúpula metálica, las densas moles de las construcciones aduaneras y las numerosas vías, parecería de repertorio. Una estación demasiado semejante a cualquier otra de la época para que su vocación internacional pueda redimirla de un entorno de mugre. Por eso, quizá, no merece la pena que pierda ni una línea en referirme al denso olor a carbonilla, a las desvencijadas marquesinas llenas de grietas ni a las paredes desconchadas o con grandes moratones para que usted se haga una idea del lugar. Le confieso que mucho más que en la estación, me gustaría que se fijara en la figura de esa mujer que acaba de bajar del tren en una ciudad que no es la suya, donde probablemente no conoce a nadie, donde no sabemos si alguien la espera. Ignoro si el andén está lleno o si, por el contrario, no hay un alma y, aunque la circunstancia sí tiene interés —¡ojalá hubiera mucha gente!—, me pregunto si vale la pena tomar el detalle en consideración.

Si el andén está vacío, la mujer arrastra a ratos la maleta, otros se detiene para cambiarla de mano y descansar unos instantes. Si el andén está lleno, la mujer trata de abrirse paso dándose toda la prisa que le permiten sus pocas fuerzas, procurando esquivar a los viajeros que corren en senti-

do opuesto para no perder el tren, que está a punto de salir, procurando no ser atropellada por los que como ella acaban de llegar. Sin embargo, el hecho de estar sola o rodeada de gente apenas cambia nada. No modifica su expresión abstraída ni su voluntad de seguir adelante. Si nos acercáramos, veríamos que, bajo sus ojos, de un verde indeciso, lleva tatuado un cansancio violeta. Sin embargo, la belleza de su cara golpea la retina de los más observadores que, a pesar de su prisa, aminoran el paso y vuelven la cabeza para mirarla de nuevo.

Si el andén está lleno, puede que alguien, entre los recién llegados, se le ofrezca para llevarle la maleta y acompañarla hasta el hotel. Pero ella, seguramente, seguirá adelante haciendo caso omiso de ayudas y proposiciones. Antes de salir mirará el reloj que pende de una viga, un reloj grande y enlutado, en cuya esfera, orlada por un marco también negro, las agujas señalan una hora imposible, y consultará el suyo de pulsera para comprobar que las manecillas del reloj ferroviario se confunden. La oscuridad es demasiado densa para que sean las seis de la mañana o de la tarde ya que la estación no está situada en ninguna ciudad del norte de Europa, donde el sol se permite llevar vida de convaleciente: se levanta tarde, casi a mediodía y se acuesta después de comer. Aquí si algo sobra es luz. Pero ahora es de noche, más de las diez, como ha podido comprobar ella en su reloj y yo en el mío, y por eso es necesario que deje de escribir, recoja mis pertenencias y me prepare, tal y como indica a los viajeros la voz que anuncia, entre el rechinar de los frenos del expreso, que estamos llegando a Portbou.

Así, camino de Portbou, con la intención de buscar unas coordenadas parecidas que me permitieran incidir en algunos puntos de similitud, empecé a escribir esta historia. Sin embargo, le confieso que por entonces me aferraba a la esperanza de no tener que contársela, de poder interrumpirla en cualquier momento, feliz de haber encontrado el motivo

que convertiría estas páginas en inútiles. Tenía la intuición de que sería de Portbou, o de sus alrededores, la única persona que podría darme referencias de la mujer del abrigo azul y el sombrero escaso. Estaba segura de que si me veía, si volvía a verme por la calle, en la playa, en el puerto, comiendo o cenando en el España o en La Masía, caería en la tentación de acercármeme, como hizo en Barcelona hace casi dos años, y contestaría a mis preguntas sin hacerse de rogar. Pero por si me equivocaba buscándole en Portbou, por si no llegaba a encontrarle, continuaba tratando de rehacer los pasos de la mujer que la noche del 30 de diciembre de 1959 bajó de un tren procedente de Barcelona y dejó constancia de ello en una carta.

Amor mío —escribió—, estoy en Portbou. Son casi las doce. Al bajar del expreso de Barcelona, no hace ni dos horas, he comprobado que el reloj de la estación estaba parado a las seis y lo he tomado por una buena señal. Todo cuanto no marque nuestra hora está fuera del tiempo y fuera de nuestro tiempo nada me importa. Llevo el abrigo azul y el sombrero del mismo color que tanto te gustaba. Hace frío. Me he vestido como cuando nos conocimos para enlazar directamente con aquellos días, como si el tiempo transcurrido desde entonces no contara, como si nunca hubiera pasado...

Es poco probable, casi diría que imposible, que usted estuviera allí, en la estación de Portbou, hace más de cuarenta años y por algún azar maravilloso además de fijarse en aquella mujer, como los que se volvían para mirarla, hubiera llegado a trabar relación con ella. Pero tal vez pudiera ser usted la persona que después de comprobar su identidad, y darle la llave, la acompañó hasta su cuarto. Quizá usted, a quien no he podido encontrar en ninguno de los hoteles abiertos porque ya no trabaja y se dedica a sus ocios, entre los que destaca la lectura, era entonces el dueño, el recepcionista, la encargada de un hostel que ya no existe, de un hotel cerrado hace décadas, en la actualidad reconvertido

en apartamentos, cuyo nombre, Hotel de Francia, y dirección figuran en un viejo listín telefónico. Ojalá que a pesar del tiempo transcurrido no haya olvidado a los huéspedes que, por sus especiales características, destacaban entre la mayoría anodina de clientes, como sería el caso de la mujer del abrigo cruzado y el sombrero ocasional, y pueda darme algún detalle, algún dato de los muchos que desconozco.

O usted pudo ser testigo del encuentro con el hombre a quien sospecho había ido a buscar, si no a Portbou, a cualquier otro lugar de la Provenza, probablemente a Avignon y se acuerde de cómo era o sea capaz de identificarle. Aunque será mejor que no me haga ilusiones. Cuarenta años son demasiados para que alguien conserve memoria de pormenores que no le conciernen, fuera hotelero, recepcionista o simple paseante. Además por aquel entonces usted que me lee quizá no había nacido. Y si lo había hecho, si tenía usted los años suficientes para andar por el mundo, seguro que nada se le había perdido en Avignon o en Portbou. Menos aún en la estación fronteriza, el miércoles 30 de diciembre de 1959. Ha contemplado, eso sí, una secuencia semejante en alguna película o incluso ha podido leer una descripción parecida en cualquier novela, ya que hay muchas por las que transitan trenes. La escena, además, no tiene nada de extraordinario y si no fuera por la indumentaria de esa mujer, por el sombrero en desuso y la maleta de cuero demasiado grande y sin ruedas, cuyo peso llama la atención, usted mismo aseguraría que en cualquier andén de sus viajes se ha encontrado con una mujer joven y guapa arrastrando el equipaje. Yo, al menos, he visto muchas. Hace casi dos años que soy adicta a las estaciones, en especial a las del sur de Francia, a los trenes que enlazan Barcelona con Portbou y a los que desde Portbou van a Montpellier y luego pasan por Avignon, un itinerario que he recorrido de manera obsesiva. Hace casi dos años que me dedico exclusivamente a buscar el rastro dejado por una mujer llamada Cecilia Balaguer entre el 30 de diciembre de 1959 y el 4 de enero 1960, fecha de su muerte.

Durante una larga etapa soñé casi cada noche con una mujer que bajaba de un tren, una mujer que algunas veces tenía los rasgos de mi propia madre y otras era una desconocida que se había apoderado de su maleta de cuero de color miel y del abrigo azul marino que solía llevar cuando viajaba. Pero mi sueño no proseguía. Terminaba así, bruscamente, entre niebla y carbonilla ferroviarias, y jamás conseguía saber hacia dónde iba la mujer del abrigo azul y la maleta, si regresaba a casa o si, por el contrario, había llegado a un lejano lugar del que nunca habría de volver.

Los sueños forman parte de nosotros mismos, los segregamos como el sudor o las lágrimas y, como el sudor y las lágrimas, son síntoma de nuestro estado de ánimo. Y yo empecé a soñar con una mujer que bajaba de un tren a partir del momento en que la abuela me dijo que mamá no volvería de su viaje. Mucho tiempo después, cuando empecé a escribir, a menudo, una mujer que acababa de bajar de un tren solía cruzar mis relatos. El personaje conseguía colarse en mis narraciones sin que lo hubiera previsto, ni tuviera pensado asignarle función o papel. Harta de su inútil presencia intenté ahuyentarla muchas veces, siempre en vano. Entonces decidí cambiar de táctica, acompañándola adondequiera que fuese pero, al salir de la estación la perdía. Y, sin saber qué rumbo tomaba, me era muy difícil permitirle que protagonizara una situación que me sirviera de punto de partida para desarrollar una historia con un cierto sentido, por tópica que pudiera resultar —la historia de la espía, de la amante, de la traficante o de la estraperlista—, ya que esa mujer no era un personaje de mi invención sino alguien impuesto desde fuera, un ser real, de carne y hueso, como usted o como yo. Tal vez ya no existía pero había existido, de eso estaba absolutamente segura, porque no en vano, en el sueño, se apropiaba del rostro de mi madre muerta. Actualmente, cuento con el fragmento de una carta inacabada, que he transcrito para usted en la página once, y que guarda una estrecha relación de similitud con el sueño reiterado del que también le he hecho partícipe.

Escribir sobre uno mismo no es fácil, al menos a mí no me lo parece. Hasta ahora el temor a la impudicia, a mi entender tan próxima a la obscenidad, me ha impedido involucrar mi yo en mis textos, haciendo referencia a mis sentimientos, pero en estas páginas no puedo dejar de hablar en nombre propio. Agotadas todas las posibilidades —búsqueda minuciosa en los archivos, registros y hemerotecas, difusión en la prensa, radio y televisión, entrevistas con gentes diversas—, no me queda otro remedio que utilizar este libro para llamar la atención sobre el caso de Cecilia Balaguer, que es también mi caso. Para conseguir saber cuánto hay de verdad en la historia que voy a contarle, para que usted me ayude a descubrirla, no tengo más opción que hacer público lo que hasta ahora siempre había considerado privado. Por más vergonzoso o humillante que me resulte, no puedo dejar de hablar de la intimidad familiar, en la que se involucran personas de mi entorno a quienes quizá no les guste ver sus nombres en letras de molde. Les pido perdón por anticipado, sin embargo creo que emplear nombres ficticios, esconder unos hechos, escamotear otros u ofrecer datos falsos no tendría ningún sentido.

A menudo, a lo largo de mi ya dilatada vida de escritora, como todos los que nos dedicamos con mayor o menor fortuna a este oficio, me he visto obligada a contestar a la pregunta de por qué escribo, cuál es el móvil o los móviles que durante todos estos años, más de veinte, me han impulsado a escribir. Y siempre he dado respuestas parecidas, a las que he ido superponiendo —según la ocasión, según el lugar donde me encontrara, según el público que tuviera delante o la supuesta cultura del entrevistador— opiniones ajenas en las que apoyar las propias. Digamos que para curarme en salud casi siempre he echado mano de citas. Auden, Hölderlin, Vargas Llosa... me han servido de apoyo, sin que nadie se diera cuenta, para sostener mis afirmacio-

nes. Ignoraba entonces hasta qué punto frases como «escribo para ahuyentar los fantasmas y clarificar la realidad», «escribo para tratar de entenderme y entender a los demás» o «escribo para escapar de tanta miseria» dejarían de ser propósitos literarios más o menos afortunados para convertirse en la razón principalísima de mi escritura, a la que me empuja la acuciante necesidad de ir al encuentro de un destinatario real, una persona concreta a quien estas páginas se dirigen puesto que en su busca van todas y cada una de mis palabras, después de que cualquier pesquisa emprendida durante este último año haya resultado inútil. Antes me conformaba con establecer un contacto remoto con unos lectores indeterminados casi siempre desconocidos, a los que trataba de ofrecer una complicidad momentánea con un tacto hecho palabras. En ninguno de mis libros me había dirigido de manera tan directa al público, ni nunca había sentido la necesidad de ir al encuentro de alguien para pedirle que me leyera, como me veo forzada a hacer ahora, rogándole que, por favor, no abandone estas páginas, no fuera a ser que usted, que tú pudieras conducirme hasta la persona que busco, o quizá ofrecerme las pistas necesarias para llegar hasta ella. Si fuera así, no dudes —no dude— en hacérmelo saber. En la editorial, cuyas señas igual que el teléfono aparecen junto a los títulos de crédito, le pondrán en contacto conmigo y yo prometo que sabré compensar debidamente su ayuda.

No me refiero sólo a la posibilidad de que usted estuviera en la estación de Portbou aquella noche de diciembre de 1959, o a que en los días siguientes se hubiera encontrado con ella, con Cecilia Balaguer o con Celia Ballesster —también utilizaba este nombre—, o a que la hubiera conocido antes, en Barcelona, durante la República, o en la Francia ocupada cuando ella vivió allí o después de su retorno a Cataluña, soltera o ya casada; también me refiero a que fuera usted una de las personas que el 23 de abril de 2001 se acercaron al stand que la librería Catalonia instaló en la esquina del Paseo de Gracia con la calle Caspe de Barcelona y se hubiera fijado en el hombre que me espera-

ba, el hombre del que apenas puedo darle indicios y del que sólo sé el nombre —si es que, en efecto, es el suyo—, Luis, Luis G. ¿Será la G la letra inicial de su apellido? ¿O será la G de Gonzaga, como escribían antes algunos Luises para diferenciarse de los Luises franceses, los que celebraban su santo no en junio sino en agosto, el día de San Luis Rey de Francia? En cuanto a sus características físicas, apenas entrevistas, me parecieron anodinas y por eso no puedo describirlas con ningún rasgo sobresaliente que, sin duda, ayudaría a su identificación. Una estatura media, edad igualmente media, pelo entrecano, ojos marrones, miopes, tras unas gafas de montura vulgar de poco sirven a la hora de individualizar a alguien tan parecido a la inmensa mayoría de los ciudadanos, nacidos por la misma época de estraperlo y racionamiento. Su voz tampoco le distinguía de un modo particular. A pesar de la frase poco adecuada con que me interpeló, su tono, más bien bajo y grave, no resultaba desagradable. Por la manera como pronunció las vocales intuí que quizá procedía del Alto Ampurdán o que al menos había vivido allí durante la infancia, que es cuando nuestra habla se permeabiliza del entorno, algo que no suele ocurrir de mayores. Debía de vestir, creo, porque confieso que todavía me fijé menos, de manera común aunque no sé si llevaba corbata y americana o jersey y cazadora. Podría ser —aunque el Día del Libro de 2001 amaneció despejado, la primavera es variable, ya se sabe— que, en previsión de algún chubasco, se hubiera puesto una gabardina liviana, igual que yo. Ofrecí todas esas referencias a las dependientas, a la cajera, al encargado de la librería por si le conocían, por si acaso se trataba de un cliente habitual, pero nadie parecía haber reparado en él.

Pregunté a mis compañeros de firma, Quim Monzó y Jaume Cabré. Ninguno de los dos recordaba a una persona tan poco memorable como era la que yo trataba de identificar. Telefoneé también a los escritores que tenían turno antes de nosotros: una señora que había cocinado un libro de platos afrodisíacos con recetas idóneas para cada circunstancia, incluso la de impotencia, cuyo éxito pregonaba

de antemano la televisión, y Eduardo Mendoza, que, como todos los años, había batido récords de colas y todavía seguía allí, rodeado de admiradoras, cuando yo llegué. Tanto la cocinera como Mendoza fueron amabilísimos aunque ninguno de los dos había tenido tiempo de fijarse en alguna otra persona distinta del dios verdadero de sus lectores. Era absurdo por mi parte que yo pretendiera que me dieran razón de un desconocido que no les pertenecía. Pero la autora del libro de cocina, que, por lo que barrunto, debe de tener mi edad, me ofreció una pista importante. Me aseguró que un señor le había preguntado si ella era yo y, después de disculparse por el error, le había dicho que no me conocía y que me esperaba para darme un recado. Supongo que ese ser anodino —tampoco fue capaz de describirlo la autora del recetario— es el hombre a quien necesito encontrar aunque sólo sea el eslabón para llegar hasta quien me lo envió.

Por eso me dirijo, en primer lugar, a todas las personas que la tarde del 23 de abril de 2001 estaban en el stand de la librería Catalonia, las personas que pudieron fijarse en el hombre que me esperaba, que nunca me había visto y desconocía de mí cualquier rasgo que no fuera, supongo, mi nombre y apellidos, mi profesión y antecedentes familiares. Elementos que yo, por el contrario, desconozco de él porque al darme una tarjeta con su nombre y dirección no pude resistir el impulso de romperla. De cuanto ignoro me culpo a mí misma por no haberle prestado atención. Lo poco que sé —que no me conocía y que me aguardaba desde hacía rato— se lo debo a mi colega. En efecto, debió de esperarme una hora por lo menos porque me retrasé. Según el orden del día que aparecía en la prensa, yo firmaba de siete a ocho en la librería Catalonia y de seis a siete lo hacía en Áncora y Delfín, que queda en la otra punta de Barcelona.

El Día del Libro la aglomeración empieza muy temprano y desde entonces y hasta la noche transitar por las calles de la ciudad, en coche o a pie, resulta lento y engorroso en extremo. El centro, especialmente, se convierte a primera ho-

ra en un enorme patio de vecindad, en un patio de recreo invadido, en gran parte, por escolares en día de semiasueto, por clubs de amas de casa, jubilados y, por supuesto, turistas —principalmente japoneses— atraídos por la celebración que tratan de abrirse paso entre tenderetes de libros y vendedores de rosas. A medida que el día avanza, el público cambia pero no decrece. Nadie puede resistir la tentación de salir a la calle para cumplir con el precepto de comprar un libro y una rosa precisamente el 23 de abril porque de no hacerlo, de no respetar la tradición —somos gregarios, ¡qué duda cabe!— quién sabe qué terrible maldición atraeríamos sobre nuestras cabezas, aunque fuera una maldición cultural, siempre más llevadera. Llegué, pues, con retraso. Me excusé ante la docena de personas que habían tenido la amabilidad de esperarme, muy pocas comparadas con las que todavía desfilaban por delante de mis colegas. Y por hacerme perdonar el plantón, del todo involuntario, me puse a firmar casi maquinalmente, con prisa, para resarcir en lo posible a los lectores que, con tanta amabilidad, me aguardaban, sin fijarme en nada más y olvidándome, incluso, de lo poco que me gustaba cumplir con aquel ritual. Consideraba, lo sigo considerando, que el Día del Libro nada tiene que ver con la literatura, que, a mi entender, es cosa muy distinta a la adquisición compulsiva de un volumen cualquiera, con recetas de autoayuda o bricolaje, por muy importantes que puedan ser, en algún caso, títulos como *Alimentos con fibra*, *consejos para vencer el estreñimiento* y superfluos otros como *El Quijote*, y por eso me había prometido a mí misma que aquél sería el último Sant Jordi en el que participaría. Lo hacía a ruegos de mi editor, que trataba de promocionar mi novela, publicada apenas un mes antes, justo para que los distribuidores pudieran enviarla a los librerías y éstos tuvieran tiempo de desempaquetar los ejemplares y colocarlos en un lugar, si no preeminente —eso quedaba reservado a los best sellers mundiales y, además, previo pago, según cuentan—, por lo menos visible, entre las novedades. Se trataba de asegurar así una calificación notable en la lista de libros más vendi-

dos de la jornada para que sirviera de reclamo posterior y la mercancía aguantara aún algunas semanas en las librerías. De lo contrario, se producirían las devoluciones en cadena que obligarían a las tan temidas decapitaciones. Apenas unos pocos ejemplares vendidos se salvarían del terrible índice del mercado, de su censura negativa. El tribunal es el público, que juzga por omisión y, a falta de hoguera inquisitorial, usa la guillotina. Son muchos los libros que pasan recién nacidos a los mataderos secretos de los grandes grupos editoriales...

Ante una perspectiva tan esperanzada me costaba un gran esfuerzo el paripé de tener que patearme la ciudad de librería en librería o de mostrador en mostrador —como en *Tatuaje*, aunque cambiando al atractivo canalla de la letra de la canción por una especie de súplica a la violetera: «Cómprame usted este librito...»—, y además me producía un pánico cervical, un pánico enfermizo pensar que probablemente todo aquel esfuerzo sería inútil. ¿Por qué razón, entre las miles de novedades, alguien habría de inclinarse por escoger la que llevaba mi nombre impreso en la portada si no había ganado ningún premio ni ofrecía el reclamo de un viaje al Caribe, ni entre sus páginas había vales para descuentos en el supermercado o en la gasolinera? Podía ocurrir, por tanto, que nadie se fijara en mi libro, que nadie se acercara a pedir una firma, con lo cual acabaría la jornada con la autoestima por los suelos. Era, soy, ya demasiado vieja para tomármelo con humor y tratar de despachar ollas exprés en vez de libros, como me ocurrió en los comienzos de mi carrera literaria en unos grandes almacenes, cuando una insistente señora se obstinó en que le cambiara por otra más grande la Magefesa que, juraba por sus muertos, yo le había vendido el día anterior.

Temía también —lo había soñado repetidas veces— que si, por uno de esos azares positivos, el público se mostraba benévolo, como me estaba ocurriendo en el tenderete de la librería Catalonia —una docena de personas esperando no estaba del todo mal—, yo habría de obsequiarles con una salva de dientes, colmillos y muelas que, a medida que